

## Un viajero, un conferencista y dos rarezas bibliográficas

Escribe: JOSE M. DE MIER

Poco conocido es en nuestro medio el relato de un viajero sueco del comienzo del siglo XIX, pues el escrito fue publicado por el autor en su idioma nativo y ha tenido traducciones totales tan solo al alemán y al holandés, pero al español se ha traducido únicamente un capítulo; únese a lo anterior, que las ediciones de este escrito hechas en Europa datan de los años de 1828 a 1864, razón que explica la escasa posibilidad de adquirir hoy esta obra por parte de los estudiosos y de los bibliófilos.

Nos referimos al **Viaje por Colombia en los años de 1825 y 1826** por Carl August Gosselman. Sabemos de las siguientes ediciones:

En sueco **Resa i Colombia Aren 1825 och 1826.**

1ª—Stockholm, Nukoping, 1828.

2ª—Stockholm, Tryckt hos Johan Hörberg, 1830, Pa A. Wiborg Q. C. förlag.

3ª—Stockholm, Tryckt hos Hallsten Förlag, 1864.

En alemán **Reise in Columbien inden Jahren 1825 und 1826.**

1ª—Stralsund, in der Löff erschen Buchhanderung, 1829-1831.

2ª—Rostock, 1854.

En holandés **Reis naar Columbia in den Jaren 1825 en 1826.**

1ª—Harlem, Wed. A. Loosjes, 1832.

En español.

“Bogotá en 1825” en Bayona Posada, Nicolás “El Alma de Bogotá”, Bogotá, Imprenta Municipal, 1938. Páginas 154 a 167. (Equivocadamente dice Osselmann por Gosselman).

RESA  
i  
COLOMBIA

ÅREN 1825 OCH 1826.

AF

CARL AUGUST GOSSELMAN,  
LIEUTENANT VID KONGL. MAJ:TS FLOTTA.

*2. del*

MED PLANCHER.

Andra Upplagan,  
RÄTTAD OCH TILLÖKT.

*Göo*

SEDNARE DELEN.

---

STOCKHOLM,  
Tryckt hos Johan Hörberg, 1830.  
På A. Wiborg & C. förlag.

Resa

I

# COLOMBIA

ÅREN 1825 OCH 1826

AF

Carl August Gosselman.

„I am neither your Minotaur, nor your Centaur, nor your  
Satyre, nor your Hyæna, nor your Baboon, but your mere  
Traveller — believe me!

BEN JONSON.

---

NY UPPLAGA.

---

STOCKHOLM.

AXEL HELLSTENS FÖRLAG.



La versión del sueco al alemán fue hecha "por A. G. F. Freese, Capellán Real sueco, adjunto a la grey alemana y rector del Liceo Alemán en Estocolmo". No tenemos información sobre el traductor al holandés.

\* \* \*

El señor Gosselmann fue teniente de navío de S. M. el Rey de Suecia y para su viaje a Colombia embarcó en el bergantín "Cristoffel Columbus"; pasó a 15 millas del faro de Scilly el 16 de febrero de 1825; el 4 de marzo por Madeira, el 27 de marzo por Curazao y Aruba; llegó a Cartagena de Indias el 2 de abril del mismo año, ciudad en la cual se halló durante los festejos del 19 de abril de 1825 y concurre al baile ofrecido por el Gobernador en esa fecha y en él se encuentra con su compatriota el Conde Adlercreutz.

Gosselmann relata el viaje por el territorio de Colombia en su libro que divide en dos partes: en la primera, lo referente a Cartagena, Santa Marta, Mompox, río Magdalena y en la segunda su travesía por Antioquia, Medellín y Bogotá, ciudad a la cual llegó el 19 de mayo de 1825.

Descripción detallada hace de la capital, sus gentes y costumbres, completado con el relato de la visita al Salto de Tequendama.

Vale bien la pena la lectura del capítulo XVIII referente a la guerra de independencia y el siguiente titulado "Republiken Colombia".

\* \* \*

A la rareza bibliográfica de la obra del marino sueco se une la relacionada con la publicación de la conferencia que dictara Baldomero Sanín Cano en la Sociedad de Auxilios Mutuos en Bogotá, durante el ciclo de lecturas de 1888, la cual fue editada por la Imprenta de "La Luz" en Bogotá en el mismo año y bajo la dirección de M. A. Gómez en un folleto que titulara el lector y socio de esa mutuaría **Colombia hace 60 años**, folleto que consta de 32 páginas distribuidas así: 1 portada, 2 blanca, 3 a 31 texto y 32 blanca, en tamaño 11 por 15 cm.

Aquí tenemos el escrito de Sanín Cano:

# **COLOMBIA HACE 60 AÑOS**

**CONFERENCIA LEIDA EN LA SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS**

**POR EL SOCIO**

**B. SANIN CANO**



**BOGOTÁ—1888**  
**IMPRENTA DE "LA LUZ"**  
**DIRECTOR, M. A. GÓMEZ**



## COLOMBIA HACE 60 AÑOS

(Reise in Columbien im; Jahre 1825 und 1826, von Karl August Gosselman - 2 Baender - Stralsund - 1829).

Si yo creyera en el magisterio docente de la crítica con la ingenuidad envidiable que gastan algunos conocidos míos, maldita de Dios la palabra que hubiera escrito en pro ó en contra de obras ajenas. Buenas gentes hay, yo no lo ignoro, que, al tomar la pluma para alabar ó escarnecer un producto del talento, van convencidos de que sus dictámenes han de corregir ciertos defectos ó de propagar cualidades muy dignas de tal empeño. Hay otras, y no son pocas, que aceptan las decisiones de la crítica, ó de los críticos que han subido á cierta altura, con el carácter de juicios inapelables, y a éstos se refieren al esbozar los propios que han de tener el mismo sello. Pero, con todo, siempre sostengo que los críticos adolecen de la falibilidad á que están sometidos todos los que se empeñan en convertir en ciencias inductivas, ramos del saber humano que todavía no caben, ni han de caber nunca en tales encellas.

El humor es un escollo que aparta del camino de la justicia y de la razón aun á las gentes más sanas. Este ineludible factor de los juicios críticos extravía á unos y mete á otros en la vereda, tal vez á su pesar. Así hemos visto, ya sin asombro, que un mismo escritor ilustre llama defectos en las obras de Pedro, lo que antes había señalado como bellezas en otra de Juan; que se siente hoy arrebatado por ciertas frases, sobre las cuales había pasado ayer tarde con la mayor indiferencia. Todo por el humor, cuando no es por la mala fe, que también entra, y por mucho, en las decisiones de aquel augusto magisterio que ejercen los críticos.

Pero á pesar de que no creo en tal ciencia, gozo mucho leyendo lo que otros escriben sobre crítica literaria, y no me asombro que haya muchas personas á quienes les pase lo mismo. Y cuando me viene á cuento decir que una obra me parece mala, ú otra tal vez peor, espero que quien vaya á leerlo, me haga la justicia de creer que no critico por corregir, sino meramente por escribir, inclinación poderosa, que en algunas personas suele llegar á ser vicio, como lo ha dicho bellamente Don Juan Montalvo.

Al ocupar la atención de este auditorio, tratando de una obra de viajes escrita por un sueco hace más de sesenta años, no me mueve el deseo de corregir al autor, porque hace ya mu-



cho tiempo que debe haber muerto, cuanto más que está escrito el tal libro en alemán, y sería pretensión más que ridícula entrar á discutir la propiedad de las voces de un idioma que apenas conozco, para leer con espacio, y meditándolas mucho, las obras que en él corren escritas. No quiero tampoco entrar á poner en tela juicio la verdad de los hechos allí referidos, porque me costaría trabajo desmentir á un caballero que ya pasaba de viejo, cuando yo tuve la peregrina suerte de venir á este mundo. Mi objeto es tan sólo contarles á los oyentes que hubo un oficial de la marina sueca, que en tiempos del Rey Bernardotte, vino á estas sierras, y escribió una obra amenísima, que tuvo la honra de ser traducida en alemán, por el Predicador Real de Estocolmo.

No sé si á todos ha de sucederles lo mismo, pero yo he pasado horas muy agradables, recorriendo en tan buenas compañías las costas colombianas desde Santamarta á Cartagena; los anegadizales de esta Provincia; el turbio Magdalena; la parte de las sierras andinas que había de cruzar el viajero de Nare a Medellín, y de Honda á Bogotá; el camino que lleva al Salto de Tequendama, y otros lugares no menos dignos de ser conocidos, todos los cuales aparecen en ese libro con la fidelidad de las vistas estereoscópicas, llenos del perfume, el color y la vida que á éstas les faltan.

Casi todos los escritores de viajes toman la pluma con el propósito de ensartar unas largas y otras cortas. Raras veces fué la verdad del relato antepuesta al deseo de cautivar al lector, contándole maravillas, que así pueden haber sucedido en Marte ó en Júpiter, según se apartan del curso natural de los sucesos terrestres; pero este cargo no podría hacérsele al señor Gosselman, autor de la obra que tengo delante. En un estilo insinuante, natural y poético, cuando cuadra, va refiriendo día por día los sucesos de aquella larga odisea, que no otro nombre merecería un viaje por nuestras comarcas en aquellos remotos tiempos: allí aparecen á la vista del lector los cuadros y los personajes que el viajero va encontrando, y no es menester hacer esfuerzo alguno para convencerse de que la verdad es allí el rasgo dominante. De mí sé decir que, siguiéndole en su viaje por aquellas sierras donde vi la luz primera, he sentido el sabor de la tierra, el olor de los bosques humedecidos por el rocío matinal, el perfume que se levanta de los campos cultivados, y



aun ese airecillo sutil que acaricia el rostro de los viandantes en aquel país encantador.

Veamos, por ejemplo, este cuadro de la Bodega de Juntas:

“Era una tarde hermosa y tranquila, la que iba cayendo sobre la naturaleza romántica que rodea á la Bodega de Juntas. El sol, que precipitaba su marcha hacia el Poniente, iluminaba las copas de los árboles sobre las altas montañas que limitan el curso del Rioverde, y una pálida claridad que se veía en el horizonte, anunciaba la salida de la luna. Al fin apareció en todo su brillo la reina de la noche sobre las enhiestas rocas, reflejándose en el Nare, cuyo caudal inquieto, agitado por las corrientes y remolinos, semejava, allá abajo, una pieza colosal de plata tallada, entre el marco de colinas oscuras y cubiertas de vegetación. Ni una hoja se movía en los árboles circunvecinos, ni un ruido se dejaba oír en este paraje solitario: tan sólo el sordo murmullo del río, pero tan regular y continuo, que pronto el oído se acostumbraba á sentirlo”.

Cuadros bañados en esta luz se ven á menudo en la obra del señor Gosselman, descripciones verdaderas, en que los símiles no son mero adorno retórico, sino auxiliar indispensable del poeta que quiere reproducir sus impresiones. Leyendo esto, vienen á la memoria cuadros orientales pintados por la mano maestra de un Lotí.

Sin embargo, de ligero ha de adolecer el juicio que se forme el lector sobre el estilo de la obra que me ocupa, si hubiese de tener en cuenta el deshilachado en que yo he traducido; punto menos que imposible es conservar el colorido, tratándose de dos lenguas tan diversas, sin contar con que la obra no fué escrita originalmente en alemán, sino en sueco, idioma que se aparta aún más de la índole del nuestro. Del autor no puede aparecer sino el anejo, y en éste, los zurcidos de mano profana.

En su viaje por la Costa tuvo más ratos de pena que de gusto el marino sueco. El calor que calcina aquellas rocas y arenales, apenas le dejaba tiempo para observar el país y registrar sus apuntamientos. Describe á Cartagena, la gran ciudad de 20,000 habitantes, hasta en los menores detalles: entra á las casas, pinta á sus moradores, no se olvida ni de los criados, y á todos les echa encima el apodo de indolentes, confiados en el mañana (una de las primeras voces que aprendió) y descuidados del momento presente. Va á los hoteles, habla de las comidas, no



se siente encantado por el aseo, y anota el hecho en su cartera con toda imparcialidad. Nada olvida: los militares, los cuarteles, las hojas periódicas de aquellos tiempos, entre las cuales señala algunas de nombre curiosísimo, como **El Toro**, **El Murciélago**, **El Zorro**, y apunta que se le parecen á los mosquitos porque zumban sin orden, pican y desaparecen sin saber a dónde han ido.

Va á Santamarta luégo, y todavía le cargan más su clima y sus moradores. Habla entonces de las autoridades, y cuenta que en la costa y en el río son nulas por desidia y por mala fe. En Santamarta lo roban, y el Alcalde, como si tal cosa; en Morales, la misma autoridad aprehende á uno de los bogas que conducen al viajero, y por boca de un agente le hace saber á Gosselman que la autoridad es sobornable y soltará al boga si le paga en secreto cierta suma. El extranjero entra en arreglos, estudia con gran flema aquella corrupción ingénita, y acaba por no sobornar á quien se ofrece sin vergüenza. Más arriba hace noche en casa de un Alcalde, le entrega dos bolsas llenas de oro, y á la mañana siguiente recibe una sola, y la noticia de que la otra se ha perdido. ¡Cómo es cierta tu teoría de la selección, maestro Darwin!

Los bogas le engañan, mienten, reniegan y lo abandonan cuando más los ha menester.

De modo que, al dejar el río, cuando se entra por aquellas selvas de Antioquia, y comienza á tratar con los peones y cargueros de honradez proverbial, cada frase es una caricia, cada palabra un suspiro de alegría. Todo contribuye á eso: los mosquitos han desaparecido, el clima se templó y la Naturaleza se hace menos bravía sin perder en hermosura. La probidad de esos buenos serranos le hace pagar el tributo de esta anécdota: En la Ceja, hoy Guatapé, perdió un hermoso cortaplumas de manufactura sueca, prenda de mérito incalculable en aquellos tiempos. Dos meses más tarde, ya cerca de Nare, encuentra una multitud de cargueros que va al centro de la Provincia; de entre ellos sale uno y le pregunta si un objeto que conservaba cuidadosamente guardado era de su pertenencia. El extranjero reconoce con asombro su hermoso cortaplumas, y no puede resistir al deseo de regalárselo á aquel buen hombre.

Todavía refiere otros casos que alargarían mucho este criterio si quisiera reproducirlos.



No hay que olvidar que por la clase de vehículos usados en aquellos caminos, y por la escasez de vituallas, un viaje en aquellos tiempos era tan penoso, como es hoy agradable leer esas narraciones; y, sin embargo, el señor Gosselman, á hombros de su carguero, en amigable conversación con él, pasa horas placenteras que hacen más sufrible la fatiga que ambos experimentan. Se apea á veces de la cabalgadura humana, y por aligerar el trabajo de esas pobres gentes, pasa á pie, conducido por ellas, los canelones y trochas que entonces pasaban plaza de caminos. Oigámosle hablando de su vehículo:

“Un **silletero** es en efecto un **Fac totum**, un **sine qua non**, ó más bien la personificación de cuanto ha menester el viajero que pretende recorrer estas comarcas; pues no sólo hace el oficio de caballo, cicerone y camarada de viaje, sino también de amo de casa, criado y cocinero. Después de que os ha llevado á hombros la mayor parte del día, describiendo, de modo muy divertido, las maravillas del camino, y respondiendo con cordura á vuestras preguntas, llega á la posada, y sin darse momento de reposo se deshace de la silleta, la arregla y acomoda, va á buscar los refrescos que el lugar proporciona, cuece el chocolate, arregla la comida, y en menos de media hora tiene puesta la mesa y viene á preguntar con cara muy satisfecha: **¿Quiere su merced comer un poquito?** (En español en el original); y en seguida desempeña el oficio de un verdadero **garçon**. Del mismo modo le veis cuidar de la cama, levantarse muy temprano, preparar otra vez chocolate, y despertar al viajero con estas palabras: “Todo es listo, señor (así corre)”; y mientras os vestís y tomáis desayuno, está él doblando el **equipaje** y arreglando la silla, sin olvidarse de lo que es indispensable para hacer el viaje más llevadero”.

En el interior de la provincia no echa de menos su patria. Sin contar con que allí está en compañía de los señores Hauswolff, Greiff, Plageman y Nisser, cuyas familias y servidumbres forman una colonia sueca, los campos que recorre y las ciudades en que demora, le llevan tras sí todos los sentidos. En Rionegro le encantan la limpieza del poblado, la hospitalidad sin ejemplo de los habitantes, y la dulcísima temperatura, que jamás baja de 12° ni pasa de 22°. En Santa Elena parece que despertara su numen poético, y la descripción, llena de verdad y colores, es una de las más bellas páginas del libro. En Medellín alienta con todos sus pulmones, sumergido en el aire tibio y



perfumado que circula por la ciudad opulenta; los paseos y alrededores de la hermosa villa no dan un punto de reposo á su mente caldeada por nuestro sol equinoccial.

Visita á Antioquia, que entonces llevaba sin reparos el nombre de Perla de Robledo. Hoy es apenas una sombra de su antiguo esplendor; pero, con todo, es una hermosa sombra. Pásale á esa ciudad lo que á la vieja señora que fué bella en sus mejores tiempos. Cuando los años pasan sobre aquel cuerpo y le arrebatan poco á poco sus encantos, todavía queda la corrección de las facciones y la pureza de las líneas. Observando la silueta que forma su rostro, como allí no aparecen los surcos que el tiempo labra con mano indiferente y las manchas que la senectud engendra, se comprende que esa mujer haya sido hermosa, viendo el corte delicado y las líneas severas que años y vicisitudes no han podido alterar.

De Antioquia va á Santa Rosa, ciudad fundada sobre barrancos de oro, en cuyos alrededores distingue el viajero, observándolos de lejos, algo parecido á las ruinas de Atenas. Cerca de esta población tuvo el señor Gosselman ocasión de tratar á un tipo muy raro en otros tiempos, hoy no tanto, por desgracia, en el Pueblo Antioqueño. Era un acaudalado campesino que se daba mala vida y no hablaba de otra cosa que de **oro, vetas, filones, laboreos y criaderos**. Su corazón, cubierto con una capa de egoísmo, era insensible á los sentimientos que engendra la vida de relación.

Es de notar cómo se modifican el estilo y el género de la obra, según son los lugares que el viajero describe. La sobriedad de tonos que se había notado al hablar de la costa, desaparece en trantando de la Provincia de Antioquia. Prodigia los superlativos, el estilo corre sin dificultad, y las frases llenas de aliento se suceden unas á otras y dominan el ánimo del lector.

Cuando abandona aquella tierra en busca de la capital de Colombia, la antigua y la grande, no tiene inconveniente en decir que se aleja de la provincia más notable, así en su aspecto material, como en su aspecto político.

A los productos naturales del suelo les dedica largos é importantes capítulos. Como una muestra de ellos quiero traducir la descripción del plátano,



...El banano, primero,  
De cuantos concedió bellos presentes,  
Providencia á las gentes  
Del Ecuador feliz con mano larga.

“El **plátano**”, dice el viajero, “es una fruta muy conocida en todos los climas cálidos. El árbol, que bien merece el nombre de tál, alcanza la altura de dos hombres, y tiene medio pie de diámetro. El tronco, que más bien parece tallo de flor, está formado por los pecíolos blandos y sueltos de las hojas, y lleno de un jugo abundantísimo. Sube derecho hasta la corona, y allí se abre en una multitud de hojas tan grandes, que dos bastarían para cubrir un hombre. Entre ellas, y sobre el tronco, cuelga el fruto en varios racimos de cuarenta ó cincuenta piezas, de modo que un árbol produce de una vez más de doscientos plátanos. En forma se parecen al pepino, pero son mucho más grandes, y algunas veces alcanzan la longitud de un pie y el grueso de la muñeca. Son, antes de sazonar, de color verde; pero, ya maduros, lo cambian en amarillo oscuro. La corteza, viscosa, se separa con gran facilidad, y es alimento de los animales domésticos. La parte interior, amarilla, casi roja, es una carne blanda y jugosa, cuyo gusto es tan agradable como difícil de describir; podría compararse, con una mezcla de peras bergamotas y patatas, aunque mucho más gustoso y nutritivo. Lo comen en tres formas diversas: no bien maduro lo tuestan sobre brazas y da un pan excelente; á veces lo parten en rebanadas delgadas, las fríen en manteca, y lo usan con el chocolate, ni más ni menos que las tostadas; otras, lo cuecen con legumbres, carne, etc., y desempeña el oficio de nuestras papas; y, finalmente, cuando está bien maduro, es una de las frutas más agradables y sanas que puede gustar el hombre”. Todavía se extiende más hablando del cultivo y de la facilidad de reproducción con tal gracia y verdad, que no echa uno menos aquellas líneas famosas que cité adelante. Figúraseme que quien no conociera esta bendición del cielo, diré más bien de la tierra, tendría con esta pintura para darse cuenta de lo que es la fruta y morirse de ganas de probarla.

No estará por demás traer á colación este rasgo de buen humor que le ocurre al hablar del plátano. Acordándose del idilio con que empieza la Biblia, no vacila un instante en afirmar que el fruto prohibido no era la manzana, según consta de la creencia general sino el banano. Ocúrresele luego la duda de si habrá plátano en Mesopotamia, lugar en que suponen algunos coloca-



do el Edén; mas sale del paso, sin mayores trabajos, haciendo cuenta que bien pudo estar ese jardín en América, donde no hacían falta, ni el clima delicioso, ni los ríos de aguas cristalinas, ni la serpiente, ni las bestias de todo género; cuanto más que, al fin y al cabo, la tradición mosaica nada dice á las claras sobre el asunto. Todavía se mantendría en sus trece el apologista del plátano, si hubiera sabido que en sesenta años de investigaciones sin tregua, los sabios han llegado á la conclusión de que la cuna del género humano estaba en algún lugar del Asia, si no en alguna otra parte (somewhere in Asia) (1).

La chirimoya le arranca más de una hipérbole, y al fin acaba por decir, citando al Barón de Humboldt, que vale la pena de hacer un viaje á Sur-América con el único objeto de comerla. Piense el lector que esto fué escrito 60 años hace, cuando un viaje de Europa á América no era como hoy, empresa del primer quisque.

Pasa revista á las comidas, á los vestidos, á los usos y costumbres con escrupulosidad naturalista; y, cuando acaso no le basta su propia lengua, se vale de nuestros idiotismos, y cómo se ve ¡Dios mío! para decir en largos circunloquios lo que aquello significa.

Antes de seguirlo á Bogotá, se me antoja que ha de venir á cuento hablar un rato sobre la utilidad del libro que me ocupa. Los lectores vulgares suelen ver en estas obras mero objeto de entretenimiento, y pasan sobre ellas así como lo hacen sobre las novelas melodramáticas y los poemas románticos. Pero los que saben gustar la lectura y separar el trigo de la zizana, sacan muchísimo provecho de una obra de viajes, cuando su autor es gente de mente sana, como el señor Gosselman, que describe sin prevención cuanto va viendo en su ruta.

Madama D'Aulnoy escribió sus viajes á España, y en esa fuente han de beber por fuerza, según lo afirma Taine, quienes deseen conocer íntimamente las raras costumbres de aquella nación en los siglos XVII y XVIII. El famoso crítico que acabo de citar asegura que, leyendo ese libro, es más fácil entender el teatro de Calderón y Lope y los orígenes de la obra inmortal de Cervantes. Allí puede uno saber que el puntillo español y las formas patológicas del amor que sentían la dama y el caballero, no son mera ficción de aquellos ingenios, sino planta verdadera

---

(1) Max Müller. *The Home of the Aryans*.



que medraba sin enojos en la atmósfera creada por las prácticas cortesanas y las guerras de casta.

Al estudiar las costumbres de un país, lleva más ventajas el extranjero que los nacionales, porque éstos de ordinario descuidan ciertos rasgos importantísimos que llaman la atención de aquél. Pero cuando el extranjero une á esta circunstancia la de haber escrito hace mucho tiempo, su obra gana en mérito, si se atiende á que es dos veces extraño; que sus observaciones no sólo están abonadas por la diversidad de países, sino también por la diferencia que causan los tiempos. Lo que pensaba un sueco de nosotros hace sesenta años es cosa que ha de mover la curiosidad del más indolente. Y si este sueco no es uno de tantos, sino persona inteligente, de vasta lectura y no comunes conocimientos, el interés con que hayamos de estudiar sus juicios es natural que suba de punto.

Hay más aún. Las rivalidades que créa esa vaga forma del egoísmo que se llama orgullo nacional extravía en sus juicios á los escritores que no logran hacer abstracción del amor patrio al hablar de países extraños. Desautorizados son los juicios de Dumas al hablar de Inglaterra, porque el famoso novelista no pudo olvidar nunca que la tumba de Longwood fué abierta bajo la inspección de los marinos ingleses; el padre Didón ha de perdonarnos que no aceptemos sus juicios sobre Alemania sin ciertas observaciones, por haber sido escrita esa obra poco tiempo después de los discursos con que él contribuía á organizar la defensa nacional; no es de Amicis el más á propósito para pintar el combate pacífico que sostienen en Constantinopla los francos invasores, contra los turcos que quieren conservar á todo trance la mezquita de Hagia Sofía; porque la mayor parte de los francos que se disputan palmo á palmo los barrios de Bizancio han nacido en ese bello país que

Apenin parte

Ed il mar circonda e l'Alpe:

y basta de ejemplos para sostener que al señor Gosselman no se le pueden hacer tales reparos. El venía á una República naciente, que no tenía relaciones con su patria; á un país donde la historia de los reyes de Suecia, con excepción de la del **hombre cuyos hechos están relatados en cien libros**, (1) era casi

---

(1) Den store Konungens bedrifter  
Som lasas mi i hundra skrifter.  
(Poesía sueca).



desconocida, y sobre todo no le traía á estos riscos otro móvil que el de visitar un país de que se hablaba entonces en Suecia, como hablamos hoy de las provincias interiores del Celeste Imperio.

Tampoco está viciado el libro del señor Gosselman de aquel detestable prurito que hace de ciertas obras de viaje una serie de retratos del viajero, puesto á las veces en pechos de camisa, cuando no en situaciones más ridículas. Esos tales no hablan de la comarca por donde han andado, sino de ellos, exclusivamente de ellos, adornados con el atavío charrísimo de sus descripciones abultadas, huecas, superficiales y todo. Mas ¿qué les hemos de hacer? Si eso es lo que ellos se proponen: bonitos estarían con que saliera pintado con verdad el rinconcito de la tierra en que ellos han estado, para que la verdad de la descripción hiciera olvidar la importancia de sus personas.

De éstos, ¡cuántos ha dado nuestra tierra! Podría mentar algunos; pero lo tengo por excusado porque ya la gente los conoce. Mucho de que estuvieron en casa de la condesa Fulana, y de que le dieron su opinión artística al inspector del Louvre, el cual la dejó apuntada; sí la dejaría, para reírse de ellos. Luégo se meten á hacer comparaciones con la tierra y todo se les vuelve vituperar á la patria, porque no tiene monumentos, ni estatuas, ni jardines, ni adornos, ni nada. En fin, hablan mucho de sí mismos estos viajeros, y se atavían con el país que describen. ¿Saben lo que parecen? Una mona vestida con los arreos diplomáticos de Talleyrand y Meternich, unos sobre otros. Y se ven... pues ¿cómo se han de ver? Chirriquititos.

Desde luégo que no es el autor de la obra que voy estudiando un personaje de esta clase. Cuando acaso aparece en la narración, no lo verán ustedes de frac ó guante blanco, sino como quien va de viaje; y cuando se encara con el lector habla en estilo corriente, á la pata la llana, como si dijéramos.

Los amantes de las cosas de antaño pueden hallar en este libro más de un dato que ellos ignoraban. Las costumbres nacientes de la sociedad bogotana, en que el ojo menos avisado puede reconocer á la legua el origen de más de un vicio y la fuente de muchas virtudes, aparecen allí sin comentario, descritas con verdad y sin añadidos ni recortes. Si queremos profundizar el estudio del carácter nacional, aquí hallaremos la valiosa cooperación de un guía desprevenido. En el capítulo que se llama



Los Colombianos está trazada á grandes rasgos, en páginas dignas de los sociólogos contemporáneos, la formación de nuestra sociedad sobre las bases del criollo, el indio y el etíope, y en más de un punto son ciertas sus opiniones sobre el resultado que ha de dar esa mezcla. Vale la pena de comparar aquello con lo que en ocasión solemne dijo el sabio estadista Camacho Rolán, desarrollando el mismo tema, con mayor número de datos y más acopio de ciencia.

Para un hombre de talento como el señor Gosselman no era difícil adivinar desde entonces cuántos trabajos había de experimentar la República antes de hacer efectiva esa libertad que desde el año de 1821 nos vienen ofreciendo las constituciones políticas. Al llegar á este punto sus palabras son una profecía. Lo artificial de la unión entre granadinos y venezolanos le salta á la vista. Ya comprendía él que al desaparecer el hombre que la había llevado á cabo, esos lazos se irían aflojando hasta desligarse ó romperse.

La influencia del clero seglar y de la innumerable cantidad de frailes y monjas que nos dejó rezagados el Gobierno Español, le inspiran desconfianza sobre la suerte del país. Todavía faltan años, para que diga la historia si tenía ó nó razón.

Pero sigámosle en su viaje á Bogotá. Saliendo de Medellín, hubo de pasar por el mismo camino que ya había recorrido, antes de tomar el champán en que era fuerza atravesar la distancia que va de Nare á Honda. Otra vez vuelve á echar de menos el **confort** de su tierra, acosado por el clima, los mosquitos y la no nada culta lengua de los bogas.

Al llegar á Honda, la ciudad le parece hermosa, á pesar de las ruinas que en ese tiempo estaban frescas. Guaduas, Villeta y demás puntos de escala están descritos con la naturalidad propia de su estilo, y al llegar á la Sabana apunta estas palabras: "Extensas praderas, colmadas de innumerables greyes de vacas y carneros; grandes sementeras de maíz, trigo y cebada; aldehuelas y casas aisladas, rodeadas de pastales y manzanos; el clima templado, y el viento fresco, todo, en una palabra, trae á la mente del viajero admirado el paisaje de Europa, y se cree uno transportado á las provincias septentrionales de Francia, ó más bien, á aquellas fértiles llanuras que se extienden al Sudoeste de Schonen".



En Bogotá halla mucho que admirar; mas no puede ocultar la mala impresión que le causa el aspecto monástico de algunas calles, donde las iglesias y los conventos ahogan el resto de los edificios. Excusado es decir el interés que tiene para nosotros la descripción de la capital hace sesenta años, cuando la mayor parte de los edificios que hoy la forman ó no existían del todo, ó tenían apariencia distinta. Las galerías, el Capitolio, esos edificios que limitan la Plaza de la Constitución por el lado del Norte, la estatua de Bolívar y el hermoso jardín que la rodea, no existían ni en la mente de sus constructores. La Calle Real y la de Florián, antes que agrado, causaban disgusto por la monotonía y el desaseo, y, en una palabra, es preciso leer ese libro, para comprender cuán diferentes eran el área de la capital de la antigua Colombia, y la de esta otra ciudad con humos de europea que ha venido á reemplazarla.

Eran aquellos tiempos en que no había hoteles sino mesones, en que el caballero que se sentaba á una mesa tenía la obligación de ofrecer su plato á todos los circundantes, antes de meter la cuchara, costumbre que causó no poco asombro al viajero sueco, según él lo dice, con su sal y pimienta. Las calles de entonces presentaban un espectáculo más curioso, si cabe, que el que hoy ofrecen á la vista del transeúnte. Admirase el señor Gosselman de que aquí las modas no sean indicadas por las necesidades, por el clima ni por otra regla que el capricho y los medios de fortuna. "Allí se ven, por ejemplo, un caballero envuelto en su capa azul, la cabeza cubierta por sombrero negro de fieltro, metido hasta los ojos, paseándose con aire majestuoso á lo largo de las aceras, en compañía de otro, cuyo sombrero hecho de raíces ligeras, y cuya chaqueta de lino parece que le ponen muy á cubierto de los rigores del clima y sólo dan muestra de su carencia de recursos. Del otro lado pasan mujeres del pueblo, con el cabello suelto, chales y ropas livianas, descalzas ó con alpargatas, mirando con atención mezclada de envidia el vestido de las damas principales, compuesto de sombrero de castor, mantilla y faldas negras, zapato de raso y medias de seda". ¡Si me parece estar leyendo las descripciones de Bodensedt en los países del Cáucaso!

Para conocer á Bogotá hasta en sus más íntimos recodos, le faltó al señor Gosselman un grande auxiliar. La lengua española trasplantada á estas alturas, con sus inflexiones delicadas y sus toques de autoctonismo, no es cosa que puede aprender un



hombre del Norte en el breve espacio de un año, si no se dedica á ello exclusivamente. Por eso al hablar de la sociedad no puede decir otra cosa, sino que son muy amantes de la conversación, que escuchaban, sin parpadear, sus largas descripciones de Europa en aquel español rocalloso que ha de hablar un escandinavo. Sorprendíale la variedad de modulaciones, y la vivacidad de las pláticas íntimas. Mala idea se formó de la educación popular: en ese tiempo, para hablar de la Suecia y de su historia, era menester subir hasta el Vicepresidente de la República, y aun este patriota eximio no sabía sino muy pocas cosas relativas á la patria de Carlos XII. Así lo dice el viajero, y por eso no le sorprende que sea tan común la ignorancia en el Pueblo Colombiano. Mas, con justicia propia de hombre sano, explica que no es la ignorancia resultado de pereza ó escasez de dotes mentales. A él no se le ocultan las consecuencias fatales que tuvo sobre el espíritu americano el régimen colonial, y á eso imputa la causa de semejante atraso. Ocasiones hubo en que no pudo dar una idea de Suecia. ¡Imposible que hubiera un país más septentrional que Inglaterra; todavía más raro que hubiera una nación civilizada donde no hablaran ni inglés, ni francés, ni español!

Todo ello era cierto, y no habrá quien proteste contra tales aseveraciones. Mas como hay algunos pesimistas prematuros que dan en la manía de hablar de nuestro atraso lamentable, de que todavía alentamos en la atmósfera de la Colonia, de que no nos quedan ya sino los vicios y ninguna de las virtudes de aquellos tiempos; bueno será decirles que sus juicios son uno de los rezagos de la Colonia, y están tan apartados de la verdad, como se inspiraban en ella los del súbdito de Carlos Juan. Esos que hablan de nuestra ignorancia, que rebajan el pensamiento nacional y no tienen más que palabras de censura para la sociedad bogotana, á quien tachan de vana y superficial, así lo hacen porque no la entienden, ni son capaces de remontarse al estudio de las causas que han producido estos efectos, de los polvos que trajeron estos lodos.

Esos actos que la lengua convencional ha denominado con el nombre de vicios y virtudes sociales, no son más que productos naturales del medio ambiente y de los caracteres transmisibles de la raza. Parando mientes en estos dos factores, no hay por qué tachar de vana é ignorante á una sociedad que tiene origen español, vive á ocho mil pies de altura sobre el nivel del mar y separada del mundo civilizado por caminos que es preciso reco-



rrer á lomo de mula. Esto lo sabía el señor Gosselman, y estoy seguro de que si hoy viniera á los salones de Bogotá, y oyera cómo se habla aquí de la política y la literatura europeas, no manifestaría asombro, así como no lo manifestó en tiempos de atraso. Qué gusto no tendría el simpático viajero al oír hablar del **Edda** y de la antigua poesía escandinava, de Isaías Tegner y sus célebres composiciones **Axel** y **La Primera Comunión**, de Henrik Ibsen, el grande autor dramático de la Suecia hodierna, todo entreverado con la última novela de Julián Viaud, el libro más reciente de Carducci, y el último poema de Jorge Ebers. En este caso reconocería la justicia de la observación hecha en el año de 1826: los colombianos muestran un grande anhelo de saber, y á ello es debido el gusto que tienen en la conversación. ¡Verdad tamaña! Cuando el libro era caro, ó las gazmoñerías del trono no permitían la circulación del pensamiento escrito, el bogotano se contentaba con oír conversar para llenar su espíritu de pasto intelectual. Pero pasó ese tiempo, el libro y el periódico franquearon nuestros ríos y nuestras selvas, tomaron cartas de naturaleza en la hermosa República y hoy el pueblo, sin dejar de ser muy aficionado á la conversación, confía menos en ella y saca de aquellas fuentes no pocos conocimientos y temas fecundos que han de darle materia para alimentar el fuego de los diálogos, en reuniones amenísimas de gente espiritual y nerviosa. Allí vibra el cerebro recalentado por el choque de las ideas, y ¡ay! del que se quede atrás, ¡ay! del que no alcance al vuelo la alusión picante ó el rasgo agudo que parten como flechas en todas direcciones: ese no es planta de esta flora, y tiene el pensamiento en otros climas.

A quien estudió tan detenidamente nuestra vida social, no podían escapársele los toros, las riñas de gallos y nuestras procesiones religiosas. En la larga descripción que hace de las corridas, echa de menos lo sangriento de esos combates en la península, y más que otra cosa, le parecen ridículos, sin dejar de ser bárbaros. ¡Gracias á Dios que ya van desapareciendo! Los gallos son un hermoso capítulo. Si no tiene la gracia y el interés que los detalles de Edmundo de Amicis, al hablar del mismo espectáculo en sus viajes por España, nada le falta en verdad y animación. Oigamos como empieza al tratar de la fiesta del Corpus. “Aunque en el fondo tiene ésta alguna semejanza con la que hacen en los países católicos de Europa, ha venido á degenerar aquí, sea por la heterogeneidad del suelo, sea por la diferencia de climas



y del carácter de los habitantes en algo como una procesión de Carnaval, ó una farsa cómico-religiosa, ideada por un sacerdote católico, cuya mente estuviera maleada por el sol de los trópicos. Tal espectáculo antes parece engendro de una fantasía humorística, que la copia del Sacramento que esta fiesta conmemora". Ya se me alcanza que habrá gente capaz de tachar este cuadro de exagerado, y aun de irrespetuoso y sacrílego; yo, juzgando por lo que pasa en estos días, no me atrevo á colgarle tales calificativos, sino que, por el contrario, lo juzgo muy cercano de la verdad. ¿Por qué había de negar el indiscutible mérito artístico que hoy tienen las procesiones del Corpus en la capital de la República? ¿Por qué?, si á todos nos consta que para arreglarlas el dinero no se escatima, y el buen gusto dicta sus prescripciones con la mayor escrupulosidad. Mas si se nos permite pensar que las fiestas religiosas que Bogotá celebraba en 1825 han de parecerse en algo á las que hoy se celebran en muchos lugares de Provincias, no han de negarnos el derecho de creer que son atinadas y muy razonables las palabras con que Gosselman describe el aspecto general de tales funciones.

Antes de abandonar á Colombia, pensó naturalmente el señor Gosselman en conocer la gran maravilla que forman las aguas del Bogotá al salir de la meseta; y no sólo lo pensó, sino que, como buen sueco, hubo de llevarlo á cabo. En ese tiempo era menester hacer noche en Soacha para lograr ver la catarata en las horas primeras de la mañana. La estada en casa de la **Señora Josefa**, es un cuadro de costumbres trazado por mano maestra. Las conversaciones con la posadera, la descripción de la casa y de la gente que allí se encontraba, valen la pena de ser traducidas; pero me va faltando espacio, y, además, si hubiera de traducir todo lo que es digno de ese empeño, ya habría pensado en hacer una versión completa de la obra.

Delante del Salto tiene el talento de no pretender describirlo. Asegura que quien tál emprenda ha de salir con cuatro perogrulladas, y hablar de "inexplicable arrobamiento" de "sensaciones sin nombre" ó de que aquello es "horriblemente hermoso", que "el sentido se extasía", que "la pluma es muy débil", y demás frases hechas que, en mi humilde opinión, muy conforme con la autorizadísima del viajero, estaban mejor en la fábrica que corriendo los azares del consumo. Conténtase con hacer una descripción científica, hablar de la anchura del río, del caudal de sus aguas, de la profundidad de la caída, etc., etc., y luégo, como



para probar que también es mortal, y adolece de las debilidades propias de la especie, termina con estos cuatro versos, que no por haber sido escritos en español por un habitante de Suecia, dejan de merecer el título de pésimos, así por lo vanos, como por lo sordos:

Por mi sentido ha sido siempre gustoso  
Lo que la Naturaleza tiene maravilloso;  
Pero el sentimiento no sé cómo se llama,  
Con que estaba admirando Tequendama.

\* \* \*

Poco después volvía grupas á la ciudad de los Virreyes, para ir á tomar en Honda el vaporcito **General Santander**, el primero sin duda, que vino á interrumpir con su estrépito las placenteras siestas de los tigres y caimanes en las orillas del Magdalena; el primero que hizo cundir el silbido de la civilización por esas selvas enmarañadas, que han permanecido repitiéndolo en doce lustros largos con la mayor indiferencia, como si el hombre que habita estos climas viera el progreso de las otras naciones con la mala voluntad que el indolente cocodrilo ó el astuto jaguar.

Los buques que hoy transitan por el lomo de esa corriente van dejando á ambos lados el mismo paisaje que observaba el viajero en 1826. La vegetación palúdica que por la exuberancia de formas trae á la memoria aquellos árboles del período cretáceo, que daban sombra y asiento á los megalosauros y pterodáctilos. Todavía los mismos escarabajos, innumerables por sus formas, indescriptibles por los colores que rivalizan y oscurecen el brillo del espectro; los mismos ortópteros de élitros coriáceos y sonoros que acompañan con ruido estridente el canto de las aves á la caída del sol; los mosquitos diezmados sin misericordia por la tumba prematura que les forman las quijadas abiertas del caimán y el aliento inmundado que despide de las entrañas el enorme lagarto; por dondequiera la naturaleza indómita, las bestias salvajes y los gérmenes rudimentarios, que amenazan de muerte segura á todos los seres que necesitan un ambiente más puro ó condiciones más benéficas en el combate por existir.

¿Con qué arma ha de presentarse el hombre que quiere poner su actividad en el calor de esa refriega? La civilización le ofrece muchas, pero de todas ellas, el trabajo asociado es el más



seguro. Para cambiar en campos cultivados ó en vías de comunicación esas selvas intactas, hace falta el concurso de muchas voluntades. Si esperamos en la inmigración la hemos de aguardar largo tiempo, y al cabo y lo peor, en vano. Los menestrales que carecen de subsistencia en Europa no tienen por qué venir á esos valles que bañan el Cauca y el Magdalena, mientras las pampas de clima suave y templado, los Andes chilenos, el valle del Plata, los territorios desiertos de la Unión-Americana, estén pidiendo brazos que establezcan el cultivo en sus vastas soledades. No hay que dudarlo, son nuestros montañeses los encargados de transformar las riberas de los grandes ríos de Colombia; pero en tanto que los gobernantes se olvidan del bien de la comunidad por atender al provecho propio, los trabajadores que se acerquen sin organización á esas comarcas deletéreas, irán pereciendo en detal, sin aprovechar sus esfuerzos.

Esta asociación crece por momentos, y es natural que el área de sus trabajos vaya también extendiéndose; quién sabe si estará llamada á dar el primer impulso cuando llegue el día de hacer habitable la parte más rica y más hermosa del territorio colombiano.

---